

## CAPÍTULO UNO

### Con la chorra fuera

Kiko notó un pinchazo en el bajo vientre y se despertó. Se quitó una legaña del tamaño de una croqueta de esas que ponen en las bodas y con sus ojos de sapo miró a su compañero, que seguía durmiendo en el asiento del conductor. Lo hacía como un bebé. Plácidamente. Y babeando como si estuviera echando los dientes.

Otro pinchazo en la vejiga le recordó que se estaba meando desde que hizo la Primera Comunión.

Fuera del coche helaba, lo normal en plena sierra de Madrid en el mes de enero, y por un momento se planteó hacérselo encima y evitarse la pelona que estaba cayendo. Se abrigó bien y salió del Nissan Patrol sin hacer ruido, antes de que el cerebro enviara la orden equivocada a sus esfínteres.

Comenzó a orinar siguiendo con el chorro la silueta del escudo de la Guardia Civil que había en la puerta del vehículo oficial del Cuerpo, mientras maldecía las cuatro copas de pacharán que se habían soplado después de cenar. Y los dos porros que se habían fumado antes también.

Los dos guardias civiles destinados en Guadarrama se habían dirigido al embalse de La Jarosa en busca de un lugar apartado donde dormir la castaña. Además quedaba mucha noche de servicio por delante y tenían que estar descansados por lo que pudiera pasar. Eran buenos profesionales. Estaban

un poco pedo, pero eran buenos profesionales. Pensaba que el sitio era perfecto para echar una cabezadita y un pis, ajeno a las miradas de los ciudadanos que les pagaban, cuando el manguerazo perdió fuerza y la orina mojó lo que le pareció una mano. Entonces se dio cuenta de que La Jarosa también era el sitio perfecto para echar un cadáver.

—¡Me cago en la puta! ¡Castro! —Kiko trastabilló y se cayó de culo.

Castro (así se llamaba su fornido compañero) se despertó sobresaltado.

—¿Qué pollas pasa?

—¡Despierta, niño! ¡Echa el coche para atrás!

Kiko había leído que los masais son capaces de pasar del sueño a la vigilia en apenas unos segundos y estar plenamente dispuestos para el combate. Castro era de Parla.

—¿Qué pasa? ¡Joder! ¿Viene el brigada? ¡Ya nos han colocado! Me voy a cagar en...

—Que no, joder... Espabila que la hemos cagado. ¡Que aquí debajo hay un muerto!

—¡Joooooooooder! No me jodas que he matado a alguien con el puto Nissan.

—No, leches. Esto ya estaba aquí. ¡Tira «patrás»!

Cuando su compañero por fin se espabiló y consiguió poner la marcha atrás, Kiko descubrió el cuerpo sin vida de lo que parecía un hombre. Hasta esa noche lo más parecido que había visto a un cadáver, era un suicida frustrado que se había tirado a la vía. Pero lo hizo después de pasar el tren y el pobre hombre sólo había conseguido romperse las piernas, así que tampoco tenía mucho con lo que comparar. Pero era evidente que ese cuerpo tenía menos vida que Marte. Lo era porque le faltaban los pies y la cabeza.

Vomitó y entonces pudo comprobar dos cosas:

Una, que no es bueno tomar pacharán después de cenar si hay que salir de servicio, y dos, que todavía tenía la chorra fuera.

## CAPÍTULO DOS

## Calzoncillos La Española

A las 00.18 horas de la madrugada de aquel lunes de enero de 2007, la patrulla que descubrió el cadáver en el paraje de La Jarosa avisó por el transmisor al puesto de la Guardia Civil de Guadarrama y comunicó la novedad. El guardia que prestaba servicio de puertas fue quien recibió el aviso y tuvo la ingrata tarea de despertar al comandante de puesto, el brigada Morejón.

Morejón era una persona achaparrada y rechoncha que tenía por costumbre irse a descansar temprano. Su cara, redonda como el tapacubos de una rueda, estaba adornada por un espeso bigote negro, bajo el cual dos labios grasientos alternaban resoplidos e improperios contra la persona que había osado despertarle.

Avanzaba por el pasillo de la misma forma que C3PO corre por el desierto, pero en gordo y con la diferencia de que el robot no tenía pelo y el brigada sí. Aunque la verdad, tampoco mucho. Sus manos eran regordetas y estaban rematadas por unos dedos que, por su tamaño y color, parecían morcillas de Burgos. En ese momento, las morcillas intentaban aplastar el único mechón de pelo que había en la coronilla y que apuntaba al techo de su casa desafiando la ley de la gravedad.

Para recibir las novedades, Morejón había elegido un traje al azar de entre su vestuario: una camiseta imperio llena de

lamparones que apenas tapaba las matas de pelo que asomaban del pecho y la espalda, unos calzoncillos blancos que dejaban escapar un testículo por la pernera y unos calcetines de todo a cien en los que se veían dos raquetas cruzadas y la palabra GOLF. Los gayumbos lucían manchas amarillentas en su parte delantera a juego con las uñas de los pies, que asomaban por los tomates de los calcetines con fallo.

—¿Qué coño pasa a estas horas? Como me hayas levantado por una chorrada te voy a meter un puro por el culo que vas a estar cagando ceniza hasta que pase a retirado.

El guardia observó el atuendo de su superior y lo consideró digno de una pasarela. Sobre todo si la pasarela era la de un barco pirata y al brigada le esperaban abajo unos tiburones. Trató de no imaginarse si visto desde atrás el calzón sería marca La Española, de esos que llevan anchoa, como las aceitunas. Entonces lo vio por delante, y sintió cómo se le revolvía el estómago al distinguir el huevo que le asomaba, díscolo, por la pernera. Así, soportando arcadas y risas flojas, trasladó todo lo que sus compañeros le habían relatado por radio.

—¿Algo más que añadir?

—Sí, mi brigada. Que se le ve un cojón. Y que si no ordena nada más continúo con mi servicio.

—Despierta a mi conductor y que me espere con el coche en marcha —dijo Morejón metiendo el testículo en la prenda y oliéndose luego la mano—. ¡Ah! Y no comentes esto con nadie.

—¿Se refiere a lo del cadáver?

—¡Qué coño! Me refiero a lo del huevo que se me ha salido. Como vea que os traéis cachondeo en el puesto te mando al País Vasco a chupar garitas. ¿Estamos?

—Sí, mi brigada.

—¡Pues desfilando!

Y con estas palabras y un portazo, el brigada dio por concluido tan desagradable capítulo.

## CAPÍTULO TRES

## Martin Feldman y Niña Pastori

Durante la hora que tardó el brigada Morejón en acudir al lugar donde habían hallado el cadáver, Castro y Kiko permanecieron en el interior del coche patrulla para no estropear más la escena del crimen.

Habían acordado también esperar en silencio, por lo que apenas intercambiaron palabra alguna. Kiko sostenía entre sus manos, sin dirigirle la mirada, un bocadillo de butifarra. En condiciones normales, se hubiera apretado ya los tres que solía llevar estando de servicio, acompañados de algún plátano que otro. Su adicción a los bocatas le había causado una úlcera pese a que apenas llegaba a los treinta años de edad, pero hacía mucho que había renunciado a los placeres de una buena cocina y no tenía pensado cambiar de dieta por muy jodido que estuviera de la panza.

Sus ojos abultados le habían hecho ganarse el mote entre sus compañeros de «el Martin Feldman de Guadarrama», bordando una cara muy gastronómica (en consonancia con sus gustos culinarios): a los dos huevos duros que tenía debajo de las cejas, le acompañaba una chistorra por nariz. Era larga y puntiaguda, como el palitroque de un reloj de sol y apuntaba constantemente hacia el suelo, cuando, por su infinita torpeza, no lo tocaba directamente con ella.

Absorto, recordaba el puñetero día en el que por acompa-

ñar a un amigo que quería ser picoletto, se marchó de Alicante a Úbeda para realizar las pruebas de ingreso en la Benemérita. Su colega suspendió la prueba y, todavía a estas alturas, no había logrado explicarse cómo él había conseguido superarlas y por qué cojones no había renunciado a ingresar en la Guardia Civil.

Lo de Castro en cambio, fue bien distinto. Él ingresó porque tenía verdadera vocación de pertenecer a los grupos de rescate en montaña de la Guardia Civil, aunque en la casa cuartel muchos pensarán que su ingreso en el Cuerpo se debía al afán de vestir un uniforme, por aquello de que eso pone cachondas a las mujeres.

Nada más lejos de la realidad. A este joven morenito del sur de Madrid no le hacía falta ninguna artimaña para seducir a una mujer, porque la naturaleza le había dotado, aparte de una especial simpatía para con el sexo femenino, de un cuerpo de gladiador que además él se esmeraba en cuidar a base de ejercicio constante y sobredosis de proteínas. Gozaba también de cierto sentido de la estética, en contraposición con Kiko, que era bastante desaliñado en el vestir; y se vanagloriaba de unas finas patillas, que en su opinión parecían diseñadas por un delineante, y de una perilla que, también según él, parecía haberle copiado el cantante de Metallica.

De todo esto, lo cierto es que, si bien las patillas parecían dibujadas con el rotulador de un bingo, la perilla sí era algo de lo que sentirse orgulloso por lo reivindicativo que resulta en una institución donde no está bien vista. Su lucha estética le había llevado a tener que recurrir a los tribunales para poder lucirla. El litigio duró dos años de recursos y juicios, pero finalmente consiguió llevar perilla de uniforme. Y todavía hay gente que se pregunta por qué hay que desmilitarizar la Guardia Civil.

Salir de servicio con el buenote de Castro era garantía de tranquilidad, porque cuando pintaban bastos daba gusto ver-

le arremangarse y sacar un brazo que era como la pierna de Roberto Carlos, el futbolista. Kiko también tenía un brazo como la pierna de Roberto Carlos, pero el cantante, ese que decía aquello de «yo quisiera ser civilizado como los animales»; cosa lógica a la vista de que, mientras que Kiko sostenía un bocata, Castro manipulaba un tensor de muñeca para fortalecer sus antebrazos mientras tarareaba una canción de la Niña Pastori.

—*Échame una mano prima, que viene mi novio a verme...*

—Castro.

—*Que estoy tan nerviosa que no se que «vestío» ponerme.*

—¡CASTRO!

—¿Qué pollas pasa?

—Joder, tío, que estoy angustiado.

—Es normal que tengas el estómago revuelto. Acabas de vomitar, como quien dice.

—No es del estómago. Es angustiado de ánimo, tío. ¿Qué vamos a hacer?

Castro le miró buscando una solución que valiera tanto para el estado de angustia de su amigo como para la pregunta que le acababa de hacer.

—Hazte un petardo.

—¿Y ya está?

—Pues hazte dos.

—No deberíamos haber estado aquí, joder. No sé cómo puedes estar tan tranquilo.

—Te acabo de ver con la chorra al aire y el culo lleno de tierra; lo único que puedo decirte es que te hagas un porro. Y da gracias, que me llevo aguantando la risa desde entonces.

—Vete a tomar por culo.

Estaban manteniendo una discusión de pareja. De pareja de la Guardia Civil.

—Vamos a ver, alma cándida, no te mosquees. Hemos descubierto un cadáver siguiendo nuestra propia iniciativa e intui-

ción y todo ha quedado reflejado en la papeleta reglamentaria. No nos puede pasar nada.

Castro se refería a la papeleta de servicio. En la Guardia Civil los servicios se realizan mediante una minuta en la cual se plasma por escrito todo cuanto deben realizar las parejas del Cuerpo: anotar horarios, itinerarios y puntos estáticos que deben ser seguidos a rajatabla. Así el mando siempre sabe dónde encontrar a los guardias y de manera esporádica puede vigilarles. Si no están en el lugar preestablecido, o si se quedan dormidos o se distraen durante el servicio, son sancionados o, como se diría en el argot del Cuerpo, corregidos.

A menudo, si están en el lugar señalado y no están dormidos también son corregidos. Por si acaso. Debe de ser por eso por lo que lo llaman «papeleta». Porque cuando se sale de servicio en la Benemérita, siempre se rifa un correctivo.

—En la papeleta de servicio no hemos anotado nada.

—Pues trae para acá. Yo pongo las novedades y tú te haces el peta. Y luego quitas el fusible de la calefacción, a ver si nos van a pillar en lo más tonto.

Y tan tonto. Debido a las restricciones de combustible que sufrían los vehículos oficiales, la Dirección General había trasladado a todas las unidades dos órdenes muy concretas al respecto.

La primera consistía en reducir al mínimo posible los trayectos, hasta el punto de que ya se habían dado casos en que los guardias habían tenido que acudir en auxilio de ciudadanos en sus coches particulares. De vergüenza.

La segunda prohibía a las patrullas permanecer con el motor en marcha entre los desplazamientos, así que, para evitar que los guardias tuvieran el motor al ralentí, los jefes de comandancias habían ordenado retirar los fusibles de la calefacción de los coches. Muerto el perro se acabó la rabia. De risa.

—Mejor lo quito ya, que luego se nos va la olla. —Ojos de sapo se guardó en el bolsillo del anorak uno de los cuarenta fu-

sibles que habían comprado en una tienda de repuestos—.  
Ande yo caliente...

—Y que le den por culo al teniente —concluyó Castro—.  
Y pásame el peta, que Morejón estará a punto de llegar.